

Francis Dupuis-Déri

# ANARQUISMO Y NATURALEZA HUMANA



*La noción de naturaleza humana debe abandonarse por completo. Esta estrategia es necesaria, ya que la naturaleza humana y la libertad humana son irreconciliables.*

Susan Brown

*Al igual que con la controversia sobre si somos 'naturalmente' buenos o malos, egoístas o generosos, amables o agresivos, considero que la búsqueda de una cualidad irreducible como la búsqueda de una esencia humana es absurda. Tenemos tendencias innatas para ambos tipos de comportamiento; son las circunstancias las que las estimulan o las restringen.*

Peter Marshall

En este texto, Dupuis-Déri nos introduce al debate sobre la naturaleza humana y el humanismo en el anarquismo.

Francis Dupuis–Déri

**ANARQUISMO Y NATURALEZA HUMANA**

Dominación versus autonomía

*Anarquismo y pensamiento libertario* N.º 28,

Enero de 2016

Extraído de *Cahiers de Psychologie Politique*:

<https://cpp.numerev.com/articles/revue-28/1272-anarchisme-et-nature-humaine-domination-contre-autonomie>

Traducción y edición digital: C. Carretero



Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

[http://www.solidaridadobrera.org/ateneo\\_nacho/biblioteca.html](http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html)

# ÍNDICE DE CONTENIDO

Introducción

Naturaleza humana: ¿Es optimista el anarquismo?

Naturaleza humana y política como voluntad de dominación

¿Existe la naturaleza humana?

La naturaleza humana: dos fuerzas opuestas

Pensamiento estructuralista

Conclusión: Un camino para una filosofía anarquista de la historia

Acerca del autor

## INTRODUCCIÓN

*Sabemos que nosotros mismos no estamos exentos de culpa y que los mejores entre nosotros se corromperían rápidamente con el ejercicio del poder. Aceptamos a los hombres por lo que son, y por eso odiamos el gobierno del hombre por el hombre.*

Peter Kropotkin, *Anarquía*

Como profesor universitario de ciencias políticas, he presentado con frecuencia en clase los principios políticos del anarquismo: libertad, igualdad y solidaridad. He explicado que los anarquistas aspiran a organizar las relaciones sociales sin dominación, y esto en todos los ámbitos de la actividad humana: política, economía, religión, amor y sexualidad, etc. También señalo que el anarquismo,

como cualquier filosofía política, ofrece sobre todo un ideal regulador. Siempre existe una brecha entre la idea (anarquismo) y la práctica (anarquía). Los seres humanos, sean anarquistas o no, son imperfectos y nunca podrán vivir a la altura de sus ideales filosóficos. Además, es raro que un ser humano se adhiera a todos los principios de una ideología política. Finalmente, los partidarios de una ideología específica no siempre coinciden en la definición y priorización de sus principios fundamentales. En consecuencia, todos los regímenes –monárquicos, fascistas, liberales, comunistas, teológicos, etc.– presentan ciertas inconsistencias e imperfecciones si los evaluamos a la luz de las filosofías e ideologías políticas a las que afirman adherirse.

Con demasiada frecuencia, sin embargo, se excusan ciertas inconsistencias en los regímenes liberales, pero se exige una postura categórica en cuanto al anarquismo y la anarquía. Cuando presento el anarquismo, siempre se menciona un artículo de revista o un documental de televisión sobre chimpancés, que demostraría definitivamente que la anarquía es imposible, ya que la jerarquía y la desigualdad son invariables, determinadas por la naturaleza. Siempre habrá machos alfa en una posición formal o informal de dominio, debido a los cromosomas, las hormonas, la diferencia entre los sexos y las leyes de la selección natural. El antropólogo anarquista Harold Barclay, de la Universidad de Alberta, Canadá, también da testimonio de esta

convicción elitista, que cree que está tan extendida en las universidades: "En mi experiencia, en más de 30 años de enseñanza de antropología, he visto que entre los estudiantes, el mito más arraigado es que ninguna sociedad puede existir sin gobierno, y su corolario, que cualquier sociedad que exista debe tener un líder", y añade, en relación con mi disciplina: "[e]n las universidades, los departamentos de 'ciencia' política son los principales centros de promoción de este mito".

A veces recuerdo en mis clases el trabajo de antropólogos (incluidos los de Barclay, pero también Pierre Clastres y David Graeber) e historiadores que han estudiado sociedades sin líder(es), incluidos los pueblos nativos americanos de Norteamérica, que se gobernaban a sí mismos mediante asambleas donde deliberaban sobre asuntos comunes. Entonces me dicen con un encogimiento de hombros que ciertamente había individuos más influyentes que otros y que ejercían su influencia sobre la comunidad. En cualquier caso, los pueblos europeos los masacraron, de ahí la prueba de que la dominación inevitablemente sabe cómo imponerse. También me preguntan siempre, o casi siempre, ¿cómo podrá una sociedad anarquista reaccionar eficazmente ante un maniaco que anda armado con una motosierra y busca decapitar a todos? Necesitamos una prisión, ¿verdad?, ¿y policías? Entonces la anarquía es imposible.

Al observar que este requisito absoluto no es apropiado para otros tipos de régimen, incluido el liberalismo, que sin embargo presenta ciertas inconsistencias, he llegado a pensar, al igual que otros anarquistas, que el objetivo retórico de tal cuestionamiento es descartar cualquier reflexión sobre el potencial del anarquismo planteando un solo problema o dando un solo ejemplo contradictorio. O, dicho más claramente, que «el uso de la 'naturaleza humana' como argumento contra el anarquismo es simplemente superficial y, en última instancia, una evasión. Es una excusa para no pensar». Más seriamente, he llegado a formular dos hipótesis para explicar esta incapacidad, o incluso negativa, a imaginar una sociedad sin dominación.

El primero, confirmado por una encuesta informal en el aula, fue que estos estudiantes no podían imaginar una comunidad sin líder(es) porque no tenían experiencia en ella: desde la familia hasta la universidad, pasando por campamentos de verano, equipos deportivos, scouts, asociaciones estudiantiles y su comunidad religiosa, siempre estaban integrados en instituciones jerárquicas. Sin embargo, Errico Malatesta señaló: «Como todos los seres vivos, el hombre se adapta y se acostumbra a las condiciones en las que vive [...]. Habiendo vivido encadenado desde su nacimiento y siendo heredero de una larga tradición de esclavitud, el hombre creyó, cuando comenzó a pensar, que la esclavitud era la característica misma de la vida, y la libertad le parecía algo imposible». Además, ¿cómo

podemos pensar en la ausencia de dominación y jerarquía cuando la historia oficial se resume en unos pocos nombres de grandes líderes: Alejandro Magno, César, Ricardo Corazón de León, Atila, Luis XIV, Cristóbal Colón, Napoleón, Hitler, De Gaulle, Stalin, Mao y Pol Pot, Barack Obama, Osama Bin Laden?

Otra hipótesis, más cínica, podría explicar la aparente incapacidad de estos estudiantes para considerar la anarquía como una posibilidad política: después de todo, muchos esperan que su título les permita ocupar puestos directivos en la sociedad. Por el simple hecho de estar en la Universidad, mis estudiantes ya forman parte de una sociedad desigual y de una élite académica. Como nos recuerda Pierre Kropotkin al respecto: «[n]o hay que olvidar [...] que los eruditos son hombres como todos los demás, y que la mayoría pertenecen a las clases pudientes, y que comparten, en consecuencia, los prejuicios de estas clases; muchos incluso están directamente bajo la tutela del Estado. Por lo tanto, es cierto que la anarquía no nos llega desde las universidades».

Ya sea por ignorancia o por interés propio, estos estudiantes coincidían, sin embargo, con varias críticas al anarquismo expresadas por filósofos políticos contemporáneos, quienes afirman que (1) el anarquismo tiene una concepción utópica y excesivamente optimista de la "naturaleza" humana y que (2) el anarquismo es, en consecuencia, incapaz de pensar en la política, que siempre

es una cuestión de poder, autoridad y jerarquía. Estas críticas son tan recurrentes en lo que respecta al anarquismo que conviene responderlas.

## NATURALEZA HUMANA: ¿ES OPTIMISTA EL ANARQUISMO?

Según David Miller, quien ha escrito una reseña exhaustiva del anarquismo, existen «dos errores comunes sobre esta filosofía política: primero, que los anarquistas comparten las mismas creencias sobre la naturaleza humana; segundo, que estas creencias son excesivamente optimistas, es decir, presentan a los seres humanos bajo una luz demasiado favorable». Además, muchos anarquistas que se han interesado en la cuestión de la naturaleza humana comienzan su reflexión recordando que el anarquismo suele ser criticado porque propone una concepción excesivamente optimista de la misma. Los anarquistas Ian McKay, Gary Elkin, Dave Neal y Ed Boraas, en su folleto «*¿Qué hay de la naturaleza humana?*», afirman que «uno de los mayores mitos sobre el anarquismo es la idea de que creemos que la naturaleza humana es inherentemente

buena». En su artículo «Communitarian» en *Anarchism and Human Nature*, David Hartley señala que los críticos del anarquismo a menudo sugieren que los anarquistas defienden la “tesis de la ingenuidad” según la cual «una sociedad anarquista hace desaparecer el egoísmo». Judith Suissa, en su libro «*Anarquismo y Educación*», recoge las palabras de Max Beloff, para quien el anarquismo «se basa en un error fundamental sobre la naturaleza humana, a saber, la suposición no demostrada de que, en ausencia total de restricciones, o con la abundancia material que ofrecería el comunismo, las sociedades humanas podrían existir sin ningún elemento coercitivo».

De hecho, algunos anarquistas ciertamente tienen una visión optimista de la naturaleza humana, aunque esta postura no resume en sí misma el pensamiento anarquista. En su debate con los promotores del darwinismo social, los anarquistas desarrollaron desde finales del siglo XIX un argumento simultáneamente biológico e histórico-antropológico para demostrar con ejemplos históricos la existencia de una vasta tradición de comunidades igualitarias que practicaban la ayuda mutua, tanto entre animales como entre seres humanos. Alrededor de 1900, Peter Kropotkin, en su obra titulada *Ética*, dedicó un capítulo entero al «elemento moral de la naturaleza», analizando las tesis de Darwin. Contrariamente al darwinismo popularizado como sentido común, Kropotkin señala que Darwin afirma en *El origen del hombre* que existe una sociabilidad innata

en la mayoría de los animales y en los seres humanos. Otros anarquistas, como el antropólogo Harold Barclay, advierten contra las analogías simplistas y poco sutiles entre animales violentos y agresivos que justificarían el mismo tipo de comportamiento en los humanos. Ciertamente, los chimpancés son violentos y agresivos, pero no los gorilas, los bonobos, los gibones o los orangutanes, y algunos especialistas contemporáneos en primates llegan incluso a proponer en las conclusiones de sus obras reflexiones inspiradas en el anarquismo y en la noción de ayuda mutua de Piotr Kropotkin.

Señala el erudito darwinista David Loye que solo hay dos menciones a la supervivencia del más apto en *El origen del hombre, una de las cuales se encuentra en un contexto en el que Darwin afirma haber exagerado su importancia en El origen de las especies*. Por otro lado, hay 24 menciones a la ayuda mutua, 61 a la compasión por los demás y 90 a la moralidad. Kropotkin cita a Darwin, según quien «los instintos sociales impulsan al animal a encontrar placer en la compañía de sus camaradas, a sentir cierta compasión por ellos y a prestarles diversos servicios». Este instinto a veces incluso supera al instinto parental, como lo demuestran las aves migratorias que abandonan a sus crías demasiado débiles para emprender el largo viaje. E «incluso entre los animales salvajes, existe una ley natural», indica Kropotkin: los animales «nunca se matan entre sí» dentro de la misma especie. Por lo tanto, Kropotkin presenta la ayuda mutua

como un factor de la evolución natural. Entre los animales, la ayuda mutua es necesaria por al menos tres razones: (1) la crianza de las crías; (2) la búsqueda de alimento en manadas; (3) la seguridad (vigilancia y llamada). Los animales también forman asociaciones para viajar (grandes migraciones) o simplemente por el placer de jugar.

Varios antropólogos e historiadores también han señalado que la humanidad ha vivido durante la mayor parte de su historia en comunidades que desconocían la propiedad privada y funcionaban sin jefes ni jerarquías (al menos entre hombres, y a veces también entre sexos). Los pigmeos, los tiv en Nigeria, los santals en la India oriental y los inuit. Parece que algunos de estos pueblos vivieron sin Estado durante decenas de miles de años. Incluso en situaciones de extrema pobreza material (inuit), no se trata de una guerra de todos contra todos. En resumen, una sociedad sin jerarquías (y, por lo tanto, igualitaria) no es una utopía, sino una parte integral y muy importante de la experiencia humana.

Esta tendencia entre los anarquistas a enfatizar cierta capacidad de ayuda mutua en los seres vivos, incluidos los humanos, explica sin duda por qué otros anarquistas critican al anarquismo por proponer una concepción idealista y excesivamente optimista de la naturaleza humana. James Joll, historiador del anarquismo, explica que «el anarquismo presupone una bondad natural en los humanos». El teórico anarquista contemporáneo Todd May pregunta por qué

creer que la abolición del poder produciría una sociedad mejor. «Esta pregunta toca la esencia del pensamiento anarquista» y «la respuesta siempre ha sido la misma: los seres humanos son esencialmente buenos» y son las relaciones de poder las que los distraen de su bondad. Todd May afirma que el anarquismo «está obsesionado por un tipo de esencialismo o naturalismo que constituye la base de su pensamiento. Las personas son naturalmente buenas». Pero el pensamiento anarquista podría sobrevivir, según él, adoptando otra concepción de la naturaleza humana, menos optimista, al menos como una fuerza crítica de las relaciones de poder desiguales.

## **NATURALEZA HUMANA Y POLÍTICA COMO VOLUNTAD DE DOMINACIÓN**

El anarquismo también es criticado por olvidar que la política es esencialmente una cuestión de relaciones de poder y voluntad de dominación. Según esta crítica, que puede solaparse con la crítica al optimismo, ninguna comunidad humana puede evitar que surjan líderes y se afirmen, incluso cuando la organización sociopolítica es, en principio, igualitaria. Los individuos ambiciosos siempre logran, de forma más o menos insidiosa, imponer su voluntad, formal o informalmente, a otros miembros de la comunidad, mediante sus rasgos de personalidad o sus habilidades.

Esta convicción se presenta en dos formas: la primera, más sociológica, y la otra, de inspiración biológica. El enfoque sociológico afirma que cada comunidad cuenta con

individuos ambiciosos, astutos y carismáticos, que tarde o temprano logran ejercer el poder o, al menos, una influencia decisiva en las decisiones colectivas. Esto es lo que el sociólogo Robert Michels denominó la «ley de hierro de la oligarquía», expresión con la que se refiere al fenómeno inevitable de la formación de una jerarquía y una élite en cualquier grupo humano que busque organizarse. Su famoso estudio sobre los partidos políticos socialdemócratas en Alemania a principios del siglo XXI incluye incluso un capítulo sobre las organizaciones anarquistas, donde también identificó a sus líderes. En un tono más polémico, un psicólogo de principios del siglo XXI, autor de un libro denunciando a los anarquistas, afirmó que «es a través de este deseo de uno de elevarse por encima del otro, de adquirir o producir aquello de lo que puede obtener ventajas, que la humanidad da testimonio de su vida» y, «en resumen, de todo nuestro progreso».

El enfoque biológico se basa en el darwinismo social, renovado en las décadas de 1960 y 1970 por sociobiólogos como Konrad Lorenz (Premio Nobel en 1973) y Edward O. Wilson, quien ganó el Premio Pulitzer y acaparó titulares en numerosos periódicos y revistas con la publicación de su libro "*Naturaleza Humana: Un Ensayo sobre Sociobiología*". Sus ideas, ahora adoptadas por la "psicología evolutiva", son de sentido común y se presentan en informes sobre machos alfa entre los chimpancés. Para Wilson, los seres humanos son naturalmente agresivos como adaptación natural y

tienden a organizarse jerárquicamente para aumentar sus posibilidades de supervivencia y maximizar la propagación de su herencia genética.

Sociólogos y politólogos como Raymond Aron y Maurice Duverger también afirman que existen vínculos entre la política y la biología. Duverger, por ejemplo, afirma que «la política tiene bases biológicas». Estableciendo un vínculo entre las sociedades animales y la sociedad humana, escribe: «El estudio de las sociedades animales muestra que allí se han desarrollado fenómenos de autoridad y organización del poder, comparables en ciertos aspectos a fenómenos análogos en las sociedades humanas. La política apareció en la Tierra antes que el hombre». Raymond Aron es aún más preciso al afirmar que «la combatividad animal o humana tiene, en efecto, una raíz propiamente biológica» y que «cada individuo humano está dotado hereditariamente de cierta agresividad». En 1998, Francis Fukuyama introdujo uno de sus artículos sobre la influencia de las mujeres en la vida política estadounidense hablando de la «política chimpancé».

## ¿EXISTE LA NATURALEZA HUMANA?

Inmersos en este debate retórico sobre la naturaleza humana, quizás los anarquistas deberían simplemente no recurrir a esta noción. Esta opción sería aún más coherente para los anarquistas, ya que la retórica de la naturaleza humana se ha utilizado a menudo para justificar sistemas injustos de dominación y explotación, como la esclavitud en Estados Unidos en el siglo XIX. Sobre este tema, los anarquistas McKay, Elkin, Neal y Boraas señalan que «lo que se considera 'naturaleza humana' puede cambiar según las transformaciones de las circunstancias sociales. Así, la esclavitud se consideró 'normal' y parte de la 'naturaleza humana' durante miles de años. La homosexualidad era considerada perfectamente normal por los antiguos griegos, pero fue denunciada como contraria a la naturaleza miles de años después por la iglesia cristiana». Por su parte, el antropólogo Marshall Sahlins explica, en su libro con el

evocador título *«La naturaleza humana, una ilusión occidental: Reflexiones sobre la historia de los conceptos de jerarquía e igualdad, sobre la sublimación de la anarquía en Occidente y ensayos sobre su comparación con otras concepciones de la condición humana»*, que la representación de una naturaleza humana individualista y egoísta es producto del liberalismo occidental moderno. Según él, casi todas las demás culturas y civilizaciones tienen una concepción de la naturaleza humana que es sobre todo comunitaria y solidaria, y consideran la personalidad individualista y egoísta patológica y peligrosa.

Así, la anarquista feminista Susan Brown propone simplemente rechazar la idea de la "naturaleza humana", ya que sería incompatible con el anarquismo propiamente entendido: "Asumir que existe una naturaleza humana cooperativa permanente presenta ciertos problemas para el anarquismo, ya que contradice su adhesión a la autonomía de la voluntad y al individuo existencialmente libre. El anarquismo no tiene por qué presuponer una naturaleza humana inmutable". Añade que "la noción de naturaleza humana debe abandonarse por completo. Esta estrategia es necesaria, ya que la naturaleza humana y la libertad humana son irreconciliables".

El historiador del anarquismo Peter Marshall parece coincidir con Brown cuando afirma: «En mi opinión, deberíamos abandonar el uso de la expresión 'naturaleza humana', ya que implica que existe una esencia fija en

nosotros [...]. Se sabe que las generalizaciones amplias sobre la naturaleza humana son sospechosas». Pero añade: «Al igual que con la controversia sobre si somos 'naturalmente' buenos o malos, egoístas y generosos, amables o agresivos, considero la búsqueda de una cualidad irreducible tan absurda y reductiva como la búsqueda de una esencia humana. Tenemos tendencias innatas para ambos tipos de comportamiento; son las circunstancias las que las estimulan o las restringen». Por su parte, Judith Suissa considera que «el concepto de naturaleza humana es inherentemente problemático», pero insiste en recordar «el papel metodológico que ha desempeñado este concepto en las posturas filosóficas», y concluye que «la noción de una naturaleza humana común puede ser una herramienta conceptual útil [...] en la evaluación filosófica de posturas normativas particulares». En lugar de rechazar la noción misma de "naturaleza humana", los anarquistas intentarán reflexionar sobre ella inspirándose en los principios mismos del anarquismo, para demostrar que el anarquismo no es incompatible con la naturaleza humana.

## LA NATURALEZA HUMANA: DOS FUERZAS OPUESTAS

Si bien algunos anarquistas ciertamente tienen una visión optimista de la naturaleza humana, esta postura no resume, en sí misma, el pensamiento anarquista. Para otros anarquistas, y esto es lo que me interesa aquí, la humanidad no está animada por un solo principio, sino que es portadora de dos fuerzas contradictorias y antinómicas. Así, los anarquistas más famosos del siglo XIX, a saber, Proudhon, Bakunin y Kropotkin, «reconocen que la naturaleza humana implica necesariamente dos caminos, a saber, un potencial esencialmente egoísta y un potencial sociable o altruista». Más cerca de casa, algunos anarquistas declaran que «si por naturaleza humana entendemos ‘lo que hacen los seres humanos’, entonces es obvio que la naturaleza humana es contradictoria: amor y odio, compasión e insensibilidad, paz y violencia, etc.».

La anarquista Charlotte Wilson explicó en 1886 que los seres humanos se mueven por dos "instintos sociales": el instinto de dominación y el instinto de autoafirmación igualitaria y solidaria. Estos dos instintos, o principios, permean la razón y la emoción humanas y se expresan en forma de voluntad individual y colectiva. Por dominación, entendemos imponer nuestra voluntad a los demás. Por autonomía, entendemos vivir según nuestra voluntad, en la modalidad de cooperación solidaria con quienes comparten una voluntad compatible o similar a la nuestra. En ambos casos, la cuestión central es la del poder. Si nos inclinamos por el principio de dominación, tenemos la voluntad de ejercer nuestro "poder sobre" los demás, es decir, de dominarlos. Si nos inclinamos por el principio de autonomía, tenemos la voluntad de ejercer nuestro "poder para" proponer y llevar a cabo acciones individuales o colectivas.

La voluntad de dominio se expresa en la organización jerárquica de una comunidad y sus relaciones sociales, mediante la determinación de puestos de mando dotados de poder coercitivo en las diversas esferas de la actividad humana. Como explica Errico Malatesta, «el principio de autoridad» se refiere a la capacidad de algunos «de utilizar la fuerza social –es decir, la fuerza física, intelectual y económica de todos– para obligar a todos a hacer lo que quieren».

Por su parte, la voluntad de autonomía se expresa en la organización consciente de una comunidad para minimizar

la expresión de la voluntad de dominación en sus estructuras y relaciones sociales. Para ello, la comunidad debe tener un poder que le permita resistir a las personas impulsadas por ambiciones de dominación. La anarquía se expresará, por lo tanto, a través de la voluntad de autonomía, cuando una fuerza impugne y se oponga a la voluntad de dominación, y logre, momentáneamente y con mayor o menor éxito, crear un espacio de libertad, igualdad y solidaridad.

## PENSAMIENTO ESTRUCTURALISTA

Dado que cada ser humano está habitado por estos dos humores, nadie es ni bueno ni malo. La posición política, la pertenencia a una clase social y la organización social influyen fuertemente en el papel que uno de los dos humores desempeñará en las relaciones sociales de un individuo con miembros de su clase o de otras clases, ya sean superiores o subordinados. Como señala Kropotkin, «sabemos que nosotros mismos no estamos exentos de culpa y que incluso los mejores entre nosotros se corromperían rápidamente por el ejercicio del poder». Judith Suissa también señala que Kropotkin «reconoce que la naturaleza humana es esencialmente contextual, en el sentido de que los anarquistas la consideran determinada no por una esencia humana, sino por el contexto social y cultural». En consecuencia, «los anarquistas afirman que las

organizaciones jerárquicas sacan a relucir lo peor de la naturaleza humana».

El objetivo de los anarquistas es precisamente crear y mantener relaciones sociales y organizaciones que promuevan la autonomía individual y colectiva, ya que los seres humanos están fuertemente influenciados por la estructura social en la que se desenvuelven. Es debido a esta estructura y al lugar y función que un individuo ocupa dentro de ella que su voluntad de dominio o autonomía se expresará con distintos grados de fuerza o moderación. Kropotkin responde aquí a los detractores del anarquismo que afirman que los anarquistas tienen una concepción idealizada y excesivamente optimista de la naturaleza humana: «Lejos de vivir en un mundo de visiones e imaginar a los hombres mejores de lo que son, los vemos como son, y por eso afirmamos que los mejores hombres se vuelven esencialmente malos por el ejercicio de la autoridad». Kropotkin ataca entonces a los «utópicos de la autoridad» que afirman al mismo tiempo, y sin ser conscientes de la paradoja, que la autoridad es necesaria porque los seres humanos son peligrosos, sin darse cuenta de que los seres humanos en puestos de autoridad son los más peligrosos de todos... Kropotkin se burla entonces de esta «utopía bastante gubernamental y patronal» donde «el jefe nunca sería el tirano del trabajador, ¡sería el padre! [...] un fiscal nunca pediría la cabeza de un acusado por el solo placer de presumir de sus dotes oratorias [...] los ejércitos

permanentes serían la alegría de los ciudadanos, ya que los soldados solo tomarían fusiles para desfilas delante de niñas». En un artículo publicado en *Freedom* en 1888, titulado "¿Somos lo suficientemente buenos?", Kropotkin explica que el liberalismo sería un sistema perfecto si los seres humanos fueran buenos, ya que entonces la propiedad privada no representaría ningún peligro. El capitalista estaría deseoso de compartir sus ganancias con sus empleados, y los empleados mejor pagados estarían deseosos de compartir su sueldo con quienes sufren por causas ocasionales. Si las personas fueran consideradas, no se producirían terciopelos ni artículos de lujo mientras hubiera escasez de alimentos; no se construirían palacios mientras existieran barrios marginales.

Kropotkin concluye, volviendo a los anarquistas: «No tenemos doble moral para las virtudes de los gobernados y las de los gobernantes; sabemos que nosotros mismos tenemos nuestros defectos y que los mejores entre nosotros se corromperían rápidamente con el ejercicio del poder. Aceptamos a los hombres por lo que son, y por eso odiamos el gobierno del hombre por el hombre».

El anarquismo es, por lo tanto, compatible con una concepción pesimista de la "naturaleza" humana: los seres humanos son fundamentalmente corruptibles y el poder corrompe. Precisamente porque los seres humanos no son buenos por naturaleza, las estructuras jerárquicas conducen a catástrofes morales y políticas: abuso de poder por parte

de personas en posiciones de autoridad, irresponsabilidad de individuos subordinados que incluso llegan al extremo de encarcelar, torturar y asesinar a sus semejantes por simple orden de un superior jerárquico. Así, la anarquista francesa Louise Michel, asociada a la Comuna de París en 1871, declaró que "el poder hace feroz, egoísta y cruel; la servidumbre degrada". Unos pocos individuos en posiciones de autoridad podrían ciertamente trabajar por el bien de los dominados con un espíritu de solidaridad y justicia, pero esto siempre será una excepción, porque el problema es estructural antes que individual y moral. Un individuo en una posición de autoridad dentro de una estructura jerárquica se volverá fácilmente egocéntrico, pretencioso, arrogante, irresponsable, autoritario y corrupto. El simple hecho de ocupar una posición de poder distorsiona casi automáticamente el juicio moral que el individuo en esa posición forma sobre el mundo y sobre sí mismo. El problema es estructural, ya que está vinculado a la función política; quien la ocupa se ve tentado a abusar de su autoridad. Expresando esta concepción estructuralista, el anarquista Élisée Reclus enfatizó a finales del siglo XIX que «los grandes tienen más oportunidades que nadie de abusar de su posición», y añadió: «En cuanto un hombre es dotado de cualquier autoridad, ya sea sacerdotal, militar, administrativa o financiera, su tendencia natural es usarla sin control». Las jerarquías también tienen un efecto corruptor en los subordinados que mienten y evaden, por temor a los dominantes o por querer complacerlos para

evitar el castigo y obtener beneficios. Además, la dominación (política) está intrínsecamente ligada a la explotación (económica) del trabajo de otros, que produce bienes o servicios para el dominante.

Como señala el escritor y activista anarquista contemporáneo John Clark, los anarquistas concluyen que las estructuras políticas deben ser horizontales, igualitarias y consensuales precisamente porque los seres humanos no son buenos por naturaleza y tienden a ser malvados en cuanto alcanzan una posición de poder. Influenciados por las estructuras en las que viven y actúan, los seres humanos tienen el potencial de ser justos en la medida en que sus estructuras lo sean.

## **CONCLUSIÓN: UN CAMINO PARA UNA FILOSOFÍA ANARQUISTA DE LA HISTORIA**

Obviamente, esta concepción estructuralista puede generar cierto pesimismo entre los anarquistas, precisamente aquellos a quienes se les acusa de ser demasiado optimistas sobre la naturaleza humana. Pues si es la estructura jerárquica la que determina el estado de ánimo que se expresa en última instancia, ¿cómo se puede escapar entonces de una estructura autoritaria? De hecho, una estructura jerárquica en sí misma provoca una reacción (una revuelta) impulsada por el principio o voluntad de autonomía, que puede surgir en todos los niveles de la jerarquía que se encuentren sujetos a un nivel superior. Los comentarios anteriores sobre la concepción anarquista de la naturaleza humana permiten, por lo tanto, identificar vías para el desarrollo de una filosofía anarquista de la historia, cuyo objeto central serían las relaciones de oposición entre

el principio o voluntad de dominación y el principio o voluntad de autonomía. Pensar en una perspectiva histórica es, entonces, remontarse al pasado a la cuestión del poder, que puede expresarse como «poder sobre» (dominación) o «poder para» hacer algo por y para uno mismo (autonomía), individual y colectivamente.

Entendida así, la historia no es un proceso lineal que finalmente conduce a la anarquía, sino una serie de situaciones y acontecimientos donde estos dos principios entran en conflicto, configurando la organización social. Sin embargo, dado que esta oposición es permanente tanto entre individuos como entre comunidades, la historia no es un proceso dialéctico: la oposición no puede resolverse en un sistema de síntesis pacífica, donde ya no habría conflicto entre la voluntad de dominación y la voluntad de autonomía. La inevitabilidad de este conflicto permanente la resume Peter Kropotkin, quien recuerda que «a lo largo de toda la historia de nuestra civilización, han estado presentes dos tradiciones, dos tendencias opuestas: [...] la tradición autoritaria y la tradición libertaria». Añade que «estas dos corrientes [están] siempre vivas, siempre en pugna en la humanidad». Es difícil afirmar que tal concepción de la naturaleza humana sea ingenua y optimista...



## ACERCA DEL AUTOR

FRANCIS DUPUIS-DÉRI, nacido en Montreal (Canadá) en 1966, es un investigador francocanadiense y profesor de ciencia política en la Universidad de Quebec, en Montreal (UQAM).

Su trabajo como investigador se centra en el estudio de movimientos sociales como la alterglobalización, el antifeminismo y el masculinismo, así como los hombres profeministas, la represión policial, el anarquismo, la guerra y la democracia.

## Biografía

Francis Dupuis-Déri nació en 1966 en Montreal[5] de padre francés, Thomas Déri, y madre canadiense, Colette Dupuis.

Desde 2006, enseña en el departamento de ciencias políticas y en el Instituto de Investigación y de Estudios Feministas (IREF) de la Universidad de Quebec en Montreal (UQAM), donde es profesor de ciencias políticas y estudios feministas, especialista en antifeminismo y anarquismo.[5] Anteriormente, también fue investigador en el Instituto Tecnológico de Massachusetts y en el Centro de Investigación en Ética de la Universidad de Montreal (CREUM).[cita requerida] Tiene un doctorado en ciencias políticas de la Universidad de Columbia Británica (UBC) en Vancouver.[cita requerida]

## Feminismo

Francis Dupuis-Déri publica varios artículos sobre diversas cuestiones feministas en las revistas *Recherches féministes* y *Nouvelles Questions Féministes*. Los más consultados son "Hombres profeministas: compañeros de viaje o falsos amigos" y "Breve guía de "desempoderamiento" para hombres profeministas". Con Melissa Blais, coordina la obra *El movimiento masculinista en Quebec. El antifeminismo desenmascarado* (2008) y *Un repaso de un atentado*

*antifeminista*, Escuela Politécnica 6 de diciembre de 1989 (2010), con Lyne Kurtzman y Dominique Payette. Con Diane Lamoureux coordina la obra *Antifeminismos. Análisis de un discurso reaccionario* (2015). En 2018 publicó el libro *La crisis de la masculinidad: autopsia de un mito tenaz*, que aborda la cuestión de la crisis de la masculinidad desde una perspectiva profeminista.